



Los hermanos Serna, foto: archivo familiar.

La hermana de Serna

A N A M A R Í A S E R N A R O D R Í G U E Z

Rosita murió planeando cómo se iba a vestir para la ceremonia de entrega del Premio Cervantes. Orgullosa y asustada del talento de Enrique para la escritura, me involucró en el diseño de ese mítico evento futuro que, a todas luces, la rebasaba. Para mi madre, educada bajo la mística comunista del “manco” Rodríguez, todo lujo extremo era innecesario, inmoral. Despreciaba profundamente la pedantería intelectual y el boato público de los grandes eventos de alfombra roja. Rosita me

dejó sola. No sé qué voy a ponerme si me toca la responsabilidad de asistir algún día a tan magno evento. Buscaré alguna prenda morada o verde chillante que sea capaz de representar lo que la literatura de Enrique ha significado para mí: un continuo aprendizaje en el arte de la radiografía crítica y la parodia de la condición humana. Tendría que ser elegante como su pluma, pero también desafiar al público con algún escote, los tacones más altos, una que otra lentejuela y una buena raja en el vestido que me permitiera enseñar pierna. Ya no tengo el cuerpo para mostrar las carnes, pero gracias a Enrique he superado las torturas de la moralidad pacata de la clase media mexicana y me he reconciliado con mi anormalidad.

Es un honor que se me incluya entre las plumas de este homenaje. Me disculpo de antemano con los lectores que ya habrán descubierto que no comparto la capacidad literaria de mi pariente. ¿Qué puedo decir de mi hermano “el escritor famoso”? ¿Qué le puede interesar al público que admira sus letras? ¿Cómo escribir sin gazapos sobre un autor tan brillante? No tengo muchas más herramientas que mi subjetividad, mi punto de vista de hermana, la única hermana que tiene Enrique Serna. Para ganarme el pan, me dedico al oficio de historiar y aprecio todo buen testimonio familiar. Eso trataré de reconstruir en estas páginas.

Buena parte de nuestra vida familiar ha quedado plasmada, por obra de la catarsis autobiográfica del homenajeado, en los estantes de las librerías. Después de *Fruta verde*, poco podemos agregar que no se sepa. Me toca quizás filtrar a Enrique Serna desde la perspectiva femenina fraterna, que no lleva la carga de los vicios naturales que ha tenido su relación con otras mujeres. Me toca decirle que a veces lo extraño y que lo admiro. Aunque estoy a punto de cumplir cincuenta años, soy su hermanita, Enrique es el tío de mis hijas que lo quieren con mucha curiosidad y lo examinan como a un bicho raro, tierno y divertido. Como la intención de los escritos de esta revista cultural es celebrar la vida de este peculiar personaje que llamamos Enrique, me guardaré para sus biógrafos los episodios íntimos de escándalo. Espero ansiosa que algún productor de *Netflix* toque pronto a mi puerta para realizar una serie que podría titularse “La vida de Serna”. Supongo que me pagarán esa valiosa información de primera mano a precio de mercado

y, con perdón de la editora de esta revista, no puedo gastarla en estas líneas.

Cualquier persona que se haya acercado a la esfera familiar de los Serna, sabe que somos una familia de locos. Tengo la fortuna de tener tres hermanos mayores. Enrique es uno de ellos. De cada uno he recibido algo importante. En nuestro entorno familiar, el talento literario de Enrique es único, pero como dice un querido amigo nuestro, la casa de los Serna es un ágora permanente, un microcosmos abierto a quien se aviente el tiro de acompañarnos. En nuestras reuniones se defienden los argumentos con pasión, a gritos. Con frecuencia, al calor de los tragos, estos gritos acaban en bofetadas. En ese “sálvese quien pueda”, Enrique es una más de las lenguas viperinas. Con ese pugilismo verbal eterno de nuestro clan, hemos contribuido a la agilidad crítica de los escritos de nuestro Serna literato.

Crecer junto a Enrique me ha obligado a defender mi personalidad. No sé cómo lo he logrado. Supongo que encontré la fórmula de ponerle límites a su egoísmo y absorbí como esponja lo que me emocionaba de su mundo y de su particular locura. Por salud mental e instinto de supervivencia, hace muchos años que no le comparto mis escritos hasta que están publicados. Lo he visto matar carreras con sus comentarios y decidí escribir como fuera mi voluntad. No me permití caer bajo el yugo de su dictadura. Lo hago muy mal, pero he demostrado, por lo menos a mí misma, que hay vida después de la crítica feroz de Enrique Serna.

Hace poco lo invité a dar una plática a mis alumnos. Pude percatarme de que su apabullante conversación sobre temas literarios, su extraordinario talento narrativo y sus tics (se despeina mientras habla, se rasca la cara) provocan una reacción de mutismo en la audiencia. Pocos chicos se atrevieron a hablar. Como los buenos postres, su plática deja en el paladar la feliz satisfacción de la saciedad, pero inmediatamente a uno lo asalta la sensación de vacío, un sentimiento de pánico de que Enrique sabe mucho y uno, humildemente, no tiene nada que agregar.

Por fortuna Enrique no maneja todos los campos de la vida intelectual y mucho menos los más básicos de la vida real. Sus hermanos le hemos tenido que salvar la vida en varias ocasiones: le hemos enseñado a armar la cuna de su hija, a prender el radio, lo hemos provisto de lámparas y tazas de café que se roba de

nuestras casas cuando tiene urgencia de escribir, lo instruimos en materia de negocios, lo hemos ayudado a divorciarse, a salir de los separos de una delegación, a escapar de mujeres furibundas, a encontrar las llaves, a encontrar el coche...

Ahora que escribo estas líneas descubro que tengo más cosas en común con mi hermano, once años mayor, de lo que había imaginado y que buena parte de mi educación sentimental se la debo a su influencia. A Enrique y a mi madre les debo el hábito de la lectura. Hace mucho tiempo, cuando yo tenía más o menos catorce años y estaba doliente de una desilusión amorosa de la adolescencia (nunca me llamó el chavo guapo de la pista de patinaje), le pedí a Enrique que me hiciera una lista de libros para ponerme a leer sistemáticamente. En mi casa había muchos libros y mi madre leía todo el tiempo. Entre la lista de novelas que me dejó de tarea estaba *Papá Goriot* de Honoré de Balzac. Con esa lectura, sin saberlo, decidí mi vocación de historiadora social. Encontré además la salvación para capotear los vacíos de la vida cuando atenaza la soledad. Aprendí con él a viajar, a ver con cuidado todos los museos, a ir al teatro.

Observando a Enrique pude aprender el ritual de la disciplina cuando uno trabaja solo. Aprendí que escribir es un ejercicio de todos los días, no una iluminación nocturna al calor de la inspiración instantánea. Hace años que veo, a través del jardín de Cuernavaca, cómo se levanta Enrique todas las mañanas a hacer ejercicio y se encierra de nueve a tres de la tarde a trabajar frente a la computadora. A eso de las cuatro reaparece, se sienta en su silla de jardín, lee el periódico y después se engarza en algún libro hasta el anochecer. Aunque para mí la escritura nunca ha sido un ejercicio fácil, he logrado, a base de muchos esfuerzos copiar ese rigor de hierro.

Cuando éramos chicos, Enrique no paraba de joder. Tengo recuerdos aislados de nuestra niñez. Enrique me llevaba a pasear en la bicicleta. No sé si será verdad, pero tengo la impresión de haber oído que, en uno de esos viajes, salí disparada y me accidenté. Era obvio desde entonces que compartir la vida cotidiana con Enrique sería una aventura. Cuando nos subíamos al camión con mi mamá, comenzaba a torturarme con esa mente maligna que todos hemos leído: “En la próxima parada —me decía— todos nos vamos a bajar y te vamos a dejar en el camión”.

—¡Cállate, imbécil, —le gritaba mi madre— no tortures a tu hermana!—. Enrique era un cliente asiduo del restaurante de mi cuarto de juguetes. Tenía una enorme paciencia y parecía que disfrutaba jugar conmigo, actuando como comensal de mi negocio imaginario.

—¿Qué va a querer hoy, señor? —le preguntaba, y Enrique ordenaba excelsos platillos que yo tenía que producir al instante en la cocina mágica que me había traído Santa Claus. Para ese entonces, Enrique ya vivía en el cuarto de la azotea. Mi madre lo corrió porque practicaba la flauta desenfrenadamente y mis hermanos no aguantaban su vicio de fumador. Por ahí, de pronto, apareció un objeto que yo no comprendía. Enmarcado en medio de la casa, colgaba un pedazo de periódico que decía: “La Bóveda”, por Enrique Serna. No lo leí hasta mucho tiempo después. No entendía qué era, pero supe que ese pequeño altar de nuestra clasemediera casa de la colonia del Valle tenía un valor simbólico especial.

La capacidad de Enrique de explorar las delicias y los riesgos de la transgresión fue un ingrediente de mi adolescencia y temprana edad adulta. Quizás he sido la única niña bonita de la colonia del Valle que presencié, en una juerga con Enrique, el gran estelar del *Cherry's Bar*. En ese antrito oculto en el corazón de la Roma, una señora cuyo vello púbico subía en peluda línea recta hacia el ombligo realizaba un acto circense de *striptease*. Más tarde, cuando entré a la Facultad de Filosofía y Letras, Enrique y Rocío fueron los únicos que me quisieron acompañar a un hoyo *funk* de Insurgentes sur para ver al *Tri* de Alex Lora. Conocí, desde muy chica, a personajes como Huberto Batis, Carlos Olmos, José Agustín, cuya inteligencia, conversación y mala leche, no era precisamente para menores de edad. Estos maravillosos personajes fueron para mí la versión culta de las borracheras de nuestro hogar legendario en Patricio Sanz #1725. Enrique me ha prestado de amigos a Rocío, Pippo y Alberto, tres ángeles guardianes de mi vida.

Siguiendo el ejemplo de Enrique, aprendí que se puede vivir de leer, pensar y escribir. También he leído en sus textos de Enrique la sorna y el escarnio a las altas esferas intelectuales. Él acabó perteneciendo a ellas. Yo me escapé de ese horror por la vía de los títulos a un espacio académico donde el talento se aquilata de otra manera. Hoy vivo una vida calma. Mi marido

y yo somos aburridísimos, anodinos quizá, según los estándares de cualquier novela de Enrique. Estamos volcados a cuidar de nuestras hijas y a chambear todos los días, bajo la premisa de hacer las cosas más o menos bien. Ambos pertenecemos a familias de novela, con generaciones de excesos descomunales. Hemos sido, en

ocasiones, informantes de Enrique. Con eso pagamos el derecho de piso, compramos su silencio para asegurar que no va a convertirnos en algún personaje de sus novelas. Con Inés y María cuidamos a Enrique, a Lucinda y a su perrita Kinki a la distancia. Y sabemos que ellos nos cuidan también. ●



Los hermanos Serna, foto: archivo familiar.